



## **Vulnerabilidad social e inempleabilidad: Reflexiones a partir del estudio de un programa de reciclado de residuos sólidos urbanos**

### **Social vulnerability and unemployability: Reflections from a qualitative study on recycling social program**

**Cecilia CROSS\***

Recibido: 30.9.12

Revisión editorial: 3-12.12

Aprobado definitivamente: 3.2.13

#### **RESUMEN**

En este artículo presentamos resultados de una investigación cualitativa comenzada en 2001, centrada en el estudio de procesos locales de implementación de políticas sociales en Buenos Aires. El objetivo es analizar el tipo de inserción social que ofrecen los programas orientados a crear puestos de trabajo para poblaciones definidas como “vulnerables” dada su “baja empleabilidad”

En particular, analizamos la configuración de un programa orientado a la construcción de plantas sociales de reciclado en un relleno sanitario y los sentidos que le dan a esta inserción laboral dos mujeres que, desde historias laborales disímiles, se constituyeron en trabajadoras de una planta.

**Palabras Clave:** programas sociales - vulnerabilidad social - articulación de las experiencias, organización social total del trabajo - vidas laborales contemporáneas - plantas sociales de clasificación de residuos

#### **ABSTRACT**

In this paper we present the results of a qualitative inquiry started on 2001, oriented to study local processes of social policies implementation in Buenos Aires. In particular we have focused on those policies which offer labor positions to people defined by its “social vulnerability” associated to their “lack of employability”.

In this article we present the results of the research conducted on recycling social plants built on a sanitary filling. Departing from total social labor organization approach, we analyze this program configuration and the meanings attributed to their labor position by two female workers.

**Keywords:** social policies - social vulnerability - experiences articulation - total social labor organization - contemporary working lives - recycling social plants.

---

\*Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con sede Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL). Saavedra 15 PB (1083), Buenos Aires, Argentina. Email: [ceciliacross@hotmail.com](mailto:ceciliacross@hotmail.com), [ccross@ceil-piette.gov.ar](mailto:ccross@ceil-piette.gov.ar) Tel: 011-4952-7440/7253 (int. 103)

## SUMARIO

1. Introducción. 2. Clases y experiencia. 3. Las plantas de clasificación de residuos como programa social. 4. Las plantas sociales como ámbito de trabajo. 5. Azucena: Trabajo y Libertad. 6. Noemí: Lo que se logra trabajando. 7. Reflexiones finales y aportes. 8. Bibliografía citada

\*\*\*\*\*

### **1. Introducción**

En este artículo se presentan algunos resultados de una investigación cualitativa comenzada en 2001, interesada en crear conocimientos situados (Genat, 2009) acerca de los procesos de implementación y gestión local de programas sociales en la zona metropolitana de Buenos Aires –esto es la ciudad capital y los diecinueve municipios que la rodean. El enfoque elegido para llevar a cabo esta tarea es el de la “organización total del trabajo” propuesto por Glucksmann (1995), el cual permite abordar estos procesos como ámbito de (re)producción de relaciones de poder de clase y género.

Para el relevamiento de datos trabajamos con observación y análisis documental, así como con relatos de vida y registros de talleres participativos (Gustavsen, 2008) que nos permiten reconstruir las vidas laborales contemporáneas (Taylor, 2004) de nuestros/as entrevistados/as. Recuperando las herramientas analíticas que brinda la crítica feminista a los estudios culturales (Scott, 1991), nuestro supuesto de partida es que en el modo de narrar la propia trayectoria las personas articulan sus experiencias (Throop, 2003) y se sitúan en el mundo de la vida, dando sentido a sus percepciones a partir de marcos de referencia construidos socialmente (Ricœur, 2006).

Desde este enfoque, en el presente artículo analizamos el modo en que narran su historia dos mujeres, a las que llamamos Azucena y Noemí<sup>1</sup>. Ellas trabajan en una planta social de clasificación de residuos sólidos urbanos, emplazada en el relleno sanitario Norte III de la Coordinación Ecológica Área Metropolitana Sociedad del Estado (CEAMSE), sito en el conurbano bonaerense. Esta sociedad estatal ha concesionado las actividades del relleno Norte III a Tecsan, una empresa perteneciente a la división Ingeniería Ambiental del Grupo Roggio, uno de los más importantes del empresariado nacional. Esta compañía ha sido la responsable de implementar el programa de plantas sociales, participando en el diseño y la construcción de la mayoría de ellas y controlando parte de su operatoria, como veremos más adelante. Sin embargo, nominalmente estas plantas son controladas por asociaciones civiles conformadas por vecinos/as del relleno sanitario, de allí su carácter *social*.

El tipo de vinculación laboral que ofrecen estas plantas es informal y la mayor parte de los/as trabajadores/as vinculados/as a ellas viven en la zona y son sujetos de políticas sociales focalizadas dado que reúnen varios atributos que los sitúan como “población vulnerable”<sup>2</sup> y con escasa “empleabilidad”, conforme a la caracterización del estado. Los atributos que definen la empleabilidad en este contexto están vinculados a la experiencia laboral previa, la terminalidad educativa, la edad y, en el caso de las mujeres, la cantidad de hijos/as a cargo. Dicho de otro

---

<sup>1</sup> Los nombres propios de las personas mencionadas en este artículo son de fantasía a fin de preservar el compromiso de confidencialidad asumido con ellas.

<sup>2</sup> Las comillas señalan categorías nativas, salvo que se indique específicamente que corresponde a una cita bibliográfica.

modo, se considera que tienen baja empleabilidad quienes carecen de experiencia laboral en el mercado formal de trabajo y/o no han concluido sus estudios secundarios y/o carecen de calificaciones técnicas reconocidas por el mercado de trabajo y/o tienen antecedentes penales y/o padecen enfermedades crónicas y/o tienen más de 45 años o, siendo mujeres, tienen tres o más hijos/as a su exclusivo cargo (Fuente: Decretos del Poder Ejecutivo Nacional (PEN) 1506/04, 825/05, *et al.*).

La mayor parte de los/as trabajadores/as de la planta social acreditan una o más de estas condiciones, como la mayor parte de los/as residentes de los barrios situados en los alrededores del relleno sanitario y, efectivamente, adolecen de una vinculación sumamente precaria con el mercado de trabajo. En las vidas laborales de esta población el trabajo asalariado con contrato por tiempo indeterminado es una experiencia ajena o cuanto menos excepcional. Entre los/as de más edad se encuentran ex asalariados/as, aunque mayoritariamente han perdido esa condición hace más de una década.

Antes de ingresar en las plantas, los/as trabajadores/as se las “rebuscaban” pidiendo en la calle o las instituciones de caridad, llevando a cabo actividades cercanas al autoempleo como la recolección y venta de residuos, así como realizando tareas de albañilería de baja calificación, actividades comerciales informales y/o en empleos eventuales “por agencia”.

Como veremos en lo que sigue, estos modos de “rebuscársela” tienen connotaciones diferentes y existe una jerarquización en función de la cual algunos son preferibles a otros, sin embargo, el trabajo asalariado, preferentemente en fábricas, constituye en la mayor parte de los relatos una aspiración de “progreso” que, si muchos/as entrevistados/as consideran inaccesible para sí mismos/as en la actualidad, esperan que puedan alcanzar sus hijos/as.

En tal sentido, la pregunta que surge es acerca de lo que implica la experiencia de trabajo en la planta social, dadas las expectativas de una y otra parte frente a las dificultades de acceso al mercado de trabajo de esta población. En este artículo abordamos esta cuestión comenzando por presentar las herramientas analíticas con las que trabajamos. Luego, contextualizamos el programa de plantas sociales y las condiciones que conforman el mundo de la vida de las personas entrevistadas. Posteriormente trabajamos los relatos de vida de Azucena y Noemí, mostrando heterogeneidades y continuidades en sus modos de situarse socialmente. Finalmente se retoma la pregunta de partida y se presentan las proposiciones teóricas a las que da lugar este trabajo.

## 2. *Clases y experiencias.*

El concepto de experiencia como modo de comprender la configuración (históricamente situada) de las clases trabajadoras ha sido fuertemente impulsado por la escuela de estudios culturales en Inglaterra. Esta escuela propone construir un puente entre las determinaciones estructurales de la clase y sus formaciones culturales (Hall, 1980). La historiografía feminista retoma y critica esta propuesta sosteniendo que, si bien estas definiciones tuvieron la virtud de introducir un elemento dinámico en la conceptualización de las clases sociales a través de la categoría de *formaciones culturales*, se limitaron a pensar las condiciones materiales de vida sólo en relación con el control de los medios de producción y, por lo tanto, a plantear la diferencia de clase como fija, estable y eterna (Scott, 1996).

Esto lleva, invariablemente, a establecer un *quid pro quo* al atribuir al conjunto de la clase las propiedades que caracterizan a un sector acotado dentro de ellas, por ejemplo, al contar la historia de los trabajadores asalariados varones como la del conjunto de la clase obrera. Frente a esto lo que se propone es considerar la diferenciación social tal y como se expresa en historias particulares (Scott, 1991).

Pero para recuperar el carácter singular de las experiencias de la clase trabajadora se ha vuelto necesario repensar el concepto de trabajo, el cual no puede aprehenderse como experiencia diferenciada en función de atributos de clase y género si nos limitamos a analizar exclusivamente aquellas actividades remuneradas que transcurren en el espacio público (Taylor, 2004). Por ello, la propuesta es recuperar el marco analítico denominado “organización total del trabajo”, desarrollado por Glucksmann (1995), el cual desnaturaliza la correspondencia entre trabajo y remuneración, según la cual el trabajo siempre implica la venta de la fuerza de trabajo.

En cambio, se propone pensar al trabajo encastrado en y definido por las relaciones de poder – de clase y género- en las que se inserta, las cuales establecen la continuidad entre el trabajo productivo y reproductivo, campo del interés y del desinterés, sector formal e informal. Este enfoque es a su vez compatible con un abordaje cualitativo enfocado a la creación de conocimiento situado. En tanto se observa que en las narraciones mediante las cuales las personas articulan sus experiencias (Throop, 2003) estas dicotomías, que tienen entidad en tanto la teoría social las instituye como tales, desaparecen como ámbitos antagónicos y se presentan en diferentes grados de continuidad (no necesariamente lineal o exenta de tensiones) (Glucksmann, 1995).

El debate acerca de la experiencia tiene una larga tradición en la teoría social, cuya explicitación excede los alcances de este trabajo. Sin embargo, más allá de la postura que se adopte, el concepto de experiencia alude a ese punto –inaccesible en modo directo, aunque imaginado- en el que las percepciones –aquello que nos pasa como organismo vivo- se simbolizan y por tanto pueden hacerse conscientes. Esa simbolización se produce contraponiendo esa percepción con marcos significativos constituidos a lo largo de nuestra vida que no pueden pensarse *a priori* de los vínculos establecidos con quienes nos rodean. De este modo, la subjetivación no ocurre sólo frente a nuestra consciencia –como en el *cogito* cartesiano- sino también frente a ese conglomerado difuso al que llamamos sociedad, integrada precisamente por otros/as semejantes y diferentes (Ricoeur, 2006).

Ahora bien, si la experiencia es inaccesible en modo directo ¿cómo será posible relevarla? Recuperando a Ricoeur (2000), consideramos que en el “acto de narrar” se ponen de manifiesto los marcos de sentido que permiten articular la experiencia humana, situándola temporalmente a través del proceso de “elaboración de la trama” de un discurso. En esa articulación las personas se sitúan frente a otras personas y a los objetos estableciendo su modo específico de ser-en-el-mundo a través de las representaciones que construyen acerca de sí y de aquello que las rodea. Estas representaciones no son “ideas flotantes que se mueven en un espacio autónomo”, sino “mediaciones simbólicas que contribuyen a la instauración del vínculo social” (Ricoeur, 2006: 175). Por ello, las personas que apelan a marcos comunes de sentido constituyen “comunidades de valor” que les permiten situarse frente a otros/as y los objetos reclamando para sí el reconocimiento de ciertas capacidades. Lo que galvaniza estas comunidades es la vigencia de un horizonte común de autorrealización, una expectativa compartida acerca de lo que implica llevar una “vida realizada”, lo cual constituye el “*ergon*”, el sentido último, de la vida en sociedad (Ricoeur, 2006: 112).

Para alcanzar esa expectativa se requiere de la acreditación de capacidades, las cuales no pueden ser reivindicadas individualmente, si no son reconocidas socialmente, de allí que su reconocimiento permite a las personas sentirse miembros plenos de su comunidad, así como su negación constituye una experiencia de menosprecio que lleva a que éstas construyan imágenes degradadas de sí (Ricoeur, 2006).

Las referencias a estos marcos de sentido se ponen de manifiesto, particularmente, en la *justificación* y en la puesta en juego de *pruebas de calificación* mediante las cuales la acción se evalúa en contraposición con principios que rigen la moral de ese sujeto, reconociendo o

negando sus *capacidades* y por tanto su *responsabilidad* (más allá de su intención) (Ricoeur, 2006: 176).

Por ello, el concepto de experiencia supone no sólo la existencia de *otros/as* sino también de *otros/as situados/as socialmente* quienes nos confirman como sujetos, pero también como desiguales (Throop, 2003). Este es el método con el que trabajamos en este artículo, comenzando en lo que sigue por situar histórica y territorialmente el programa de plantas sociales.

### **3. *Las plantas de clasificación de residuos como programa social***

La construcción de plantas sociales en el conurbano bonaerense se vincula a dos procesos políticos que alcanzaron su punto álgido en el año 2002. Uno de ellos, vinculado a la demanda por trabajo genuino encabezada por los “movimientos piqueteros”, constituyó a los/as “desocupados/as pobres” en sujetos de apoyo estatal (Fernández Álvarez y Manzano, 2007). En este marco, a partir de 2004 las políticas sociales focalizadas se orientaron a promover la “economía social” (Hintze, 2005), mediante la conformación de cooperativas, con el fin de “crear empleos” para poblaciones “vulnerables” definidas como tales por su “inempleabilidad”<sup>3</sup>.

El otro proceso estuvo asociado al agotamiento del sistema de gestión de residuos sólidos vigente desde los 70, que llevó a postular el reciclado como único modo social y ambientalmente sustentable. Desde 1977, en el marco de la última dictadura, el sistema de tratamiento de los residuos urbanos en el área metropolitana de Buenos Aires consiste en el enterramiento en rellenos sanitarios administrados por CEAMSE. Entre los propósitos que orientaron su creación se cuenta la erradicación de todo tipo de actividad vinculada a la clasificación y venta de residuos sólidos urbanos.

Este propósito fue eje de conflictos locales desde su formulación y ha sido fuertemente cuestionado sobre todo a partir de 2002, año en que el reconocimiento a las actividades de reciclado fue impulsado desde dos vertientes. De un lado, por activistas ambientalistas que buscaron crear conciencia acerca de la necesidad de incorporar el reciclado a la gestión de los residuos, como única alternativa sustentable al modelo vigente (Carlino, 2007). De otro, por grupos de recicladores/as que, con el apoyo expresiones partidarias, estudiantiles y sindicales, lograron defender tanto la relevancia social de sus actividades como su derecho a “ganarse la vida” mediante la recuperación, clasificación y venta de materiales descartados (Paiva, 2008). Estas demandas se plasmaron en la legislación a través de la ley 25916 del estado nacional, la ley 13592 de la Provincia de Buenos Aires, y las leyes 992 y 1854 de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, las cuales impulsan un “modelo social de gestión de los residuos” que incorpora como agentes activos a los/as “recicladores/as urbanos/as”.

Desde 2009 el único relleno que funciona plenamente es el ubicado en el complejo ambiental Norte III situado en el límite entre los municipios de Tres de Febrero y General San Martín. En los alrededores del relleno se erige un conjunto de asentamientos y villas de emergencia, cuyos/as habitantes, entre los/as que predominan las mujeres con hijos/as a su exclusivo cargo, señalan que su “vida está marcada por la basura”. El agua que consumen habitualmente está contaminada, como los suelos y el aire, a su vez edificaron sus hogares en predios en los que durante años funcionaron basurales clandestinos a cielo abierto (Shammah, 2007).

---

<sup>3</sup> Fuente: <http://www.desarrollosocial.gov.ar/planes/dles/default.asp>, 25/03/2004, fecha de último acceso 03/04/2008.

Muchos/as de los/as vecinos/as son “quemeros/as”. Ingresan regularmente al relleno sanitario, al que llaman “la quema”<sup>4</sup>, a procurarse “mercadería”, alimentos, o “materiales”, metales, plástico, tela, cartón, que consumen o venden. Eventualmente, “consiguen” artefactos electrodomésticos, teléfonos móviles, juguetes, bicicletas, que inclusive pueden estar en perfectas condiciones de uso. Quienes no ingresan tampoco son ajenos/as a esta práctica: conocen los lugares en los que pueden “conseguir rescates”, es decir insumos o productos que se venden a bajo costo en los barrios y que, “se sabe”, fueron recogidos en el relleno.

Esta práctica, tan habitual, está formalmente prohibida. Esta contradicción da lugar a una alta exposición de los/as quemeros/as a todo tipo de violencias, entre sí y frente a los/as custodios/as del predio. Un caso paradigmático en este sentido fue la desaparición de Diego Duarte<sup>5</sup>, joven residente del área Reconquista, cuyo caso fuera ampliamente cubierto por medios locales y extralocales. La denuncia por su desaparición fue respaldada con varias organizaciones de la zona, dirigentes de partidos de izquierda y representantes de organismos de derechos humanos que tomaron conocimiento de la situación merced a la militancia barrial de Alicia, la hermana de Diego. A partir de este hecho fue posible debatir abiertamente la situación de los/as vecinos/as del área Reconquista tanto respecto a su dependencia del relleno sanitario, como a los riesgos para su salud e integridad física que asumen cotidianamente.

En este marco, entonces, CEAMSE acordó con el estado provincial una serie de medidas destinadas tanto a atender los conflictos locales como a adecuarse al nuevo contexto institucional y político. Una de ellas fue la promoción, a partir de 2004, de plantas de clasificación de residuos, emplazadas en el predio que rodea el relleno Norte III. Algunas de estas plantas fueron construidas con el apoyo provincial y adjudicadas a líderes locales para que “incluyeran” a “las familias humildes que residían en la zona” en el “circuito formal” de la basura. Se les llamó “plantas sociales” para distinguirlas de las “privadas” concesionadas a empresas. Como requisito se exigió la formalización de cooperativas de trabajo, conforme a los principios de “economía social” impulsados desde el gobierno.

A pesar de tomar como referencia la “economía social” los trabajadores/as no gozan de los/as beneficios/as propios de los/as socios/as de cooperativas ya que no controlan los medios de producción: no poseen ni el terreno en el que trabajan, ni las herramientas que operan, que son cedidos temporalmente por CEAMSE<sup>6</sup>. A su vez CEAMSE controla un recurso clave, tal como el abastecimiento en cantidad y calidad de la materia prima, los residuos, y hace uso de esa potestad. Hemos observado que autoridades del relleno han instando a las plantas a operar los fines de semana o a limpiar “el volado”<sup>7</sup> de su predio, bajo amenaza de “no mandarles privados”, es decir camiones contratados por empresas, los cuales son muy codiciados ya que suelen aportar materiales más valiosos y mejor conservados que los que vienen en los camiones abocados al circuito “domiciliario”.

En cuanto a los objetivos de este programa, así fue presentado en un documento web de CEAMSE:

---

<sup>4</sup> El sistema de tratamiento de residuos previo a la constitución de CEAMSE consistía en la incineración de los residuos. Al predio donde éstos se transportaban a tal fin se le conocía popularmente como “La quema”. A pesar de que el sistema ha cambiado hace más de 30 años este nombre se sigue aplicando al relleno sanitario

<sup>5</sup> Diego Duarte desapareció la noche del 15 de marzo de 2004. Había ingresado al relleno sanitario a buscar metales con su hermano para que éste pudiera comprarse zapatillas nuevas con las que asistir al colegio. Según denunció este último, fue enterrado bajo una montaña de basura por una retroexcavadora. El cuerpo de Diego aún no fue encontrado y las circunstancias de su desaparición no han sido esclarecidas judicialmente.

<sup>6</sup> De hecho, se han registrado casos en los que ante reiteradas denuncias de algunos/as trabajadores/as las plantas sociales cambiaron de grupo de referencia por decisión de las autoridades del relleno.

<sup>7</sup> Así se denominan a los residuos que se “vuelan” y se insertan en el alambrado perimetral del relleno.

En las inmediaciones del Complejo Ambiental Norte III surgieron organizaciones de base, que representan a la gran cantidad de familias humildes que viven de la separación y venta de residuos. La consecuencia fue el ingreso ilegal de personas indigentes al frente de operaciones del relleno que, además de generar diversas dificultades en la disposición final de los residuos, se exponen a contraer infecciones o sufrir cortes o heridas. Y, lo que es más grave, ponen en riesgo sus vidas al desplazarse entre maquinarias de gran porte. Los equipos interdisciplinarios formados por CEAMSE están trabajando para orientar y dar un marco de contención social a estas personas que se encontraban en el mayor desamparo, para que dieran los pasos a fin de constituirse en asociaciones civiles. Y que así sus integrantes encontraran en las plantas sociales su acceso al sistema formal de trabajo. (Extracto del “Informe Especial”, titulado: “Ceamse: De la Disposición final al Tratamiento y Reciclaje”. Año 2005. Disponible en: [http://www.ceamse.gov.ar/revista/revista21/N\\_21\\_notas1.pdf](http://www.ceamse.gov.ar/revista/revista21/N_21_notas1.pdf), 02/03/2010).<sup>8</sup>

Este fragmento muestra la caracterización que se efectúa desde CEAMSE de la población que habita las inmediaciones del relleno, a la que se describe en términos de “familias humildes que viven de la separación y venta de residuos” que se “encuentran en el mayor desamparo”. El “desamparo” se asocia con su incapacidad de “acceder al sistema formal de trabajo”. Reconociendo el ingreso regular de los/as habitantes de la zona al relleno, se responsabiliza por esto a las “organizaciones de base”, atribuyéndoles de este modo la responsabilidad por los riesgos que esto acarrea, sobre todo frente a las “máquinas de gran porte” que operan en ese sitio.

Así, se instala la contraposición formal-legal-seguro vs informal-ilegal-peligroso, presentando a la empresa como agente que promueve el mejoramiento de las condiciones de vida en el barrio a través del programa de plantas sociales. Esto se lograría no sólo facilitando el acceso al “sistema formal de trabajo” de los/as “indigentes” que acceden al relleno, sino asistiendo a las organizaciones de base a través de sus “equipos interdisciplinarios”. Las plantas sociales se muestran como las vías de acceso al empleo formal y la conformación de asociaciones civiles, bajo asesoramiento de la empresa, como el medio para brindar “contención social”.

De este modo, se presenta al trabajo formal como la alternativa a la vulnerabilidad social de estos sectores, pero también se establece la imposibilidad de dichos sectores para acceder por sus medios a esta posibilidad. La “asistencia” de CEAMSE se orienta, según este documento, a hacer accesible el empleo formal para estas personas aunque mediante la creación de un ámbito específico de trabajo, las plantas sociales.

No obstante, debe tenerse en cuenta que la *formalidad* de estos emprendimientos es, cuanto menos, acotada ya que, como anticipáramos, las plantas sociales están operadas en su mayoría por grupos constituidos *ad hoc*, liderados por un/a referente barrial encargado/a de convocar a vecinos/as de la zona a quienes contrata “de palabra”.

La pauta de mayor formalidad está dada por el hecho de que cada planta presenta en CEAMSE una nómina de trabajadores/as a ser incluidos/as como beneficiarios/as del programa Argentina Trabaja<sup>9</sup> impulsado por el gobierno nacional, el cual les permite acceder a un subsidio de

---

<sup>8</sup> Las citas textuales de más de dos líneas se consignan con interlineado simple y con márgenes más amplios para ser fácilmente identificadas en el texto.

<sup>9</sup> Este programa ha sido definido por el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación como una herramienta para crear “oportunidades de inclusión que permiten mejorar la calidad de vida de las familias de los barrios más vulnerables a través de la generación de puestos de trabajo, la capacitación y la promoción de la organización cooperativa para la ejecución de obras de infraestructura local”. Interrogado al respecto, un funcionario nacional mencionó que si bien está destinado a mejorar la “infraestructura local” mediante la construcción de veredas y calles o el mejoramiento de edificios públicos, por ejemplo, se ha asignado a las plantas sociales cuyo propósito es diferente pero, se asume, emplean a la población objeto definida por el programa. Este programa aporta un subsidio mensual de AR\$1200, lo

AR\$1200 que sirve como complemento del retiro obtenido a partir de la venta de los materiales. Sin embargo, estos/as trabajadores/as no cuentan con aportes previsionales o al sistema de salud, ni con licencias pagas, ni tienen derecho a indemnizaciones o al seguro de desempleo.

Entonces esta “formalidad” a la que se refiere el texto de CEAMSE debe ser debidamente contextualizada. Quienes trabajan en las plantas han mejorado su situación en tanto no realizan una actividad ilegal, como ingresar a “la quema” que sí lo es. A su vez, la tarea de clasificación se realiza en condiciones un poco menos riesgosas para la vida de los/as recicladores/as, ya que transcurre en un ámbito que recuerda un establecimiento industrial por el uso de herramientas y maquinarias, por la vigencia de una jornada de trabajo cuasi convencional y por la distribución de roles y áreas de competencias. Así es posible ver como *formalidad* esta acotada a una mayor seguridad y legalidad, pero no en lo relativo al tipo de vínculo laboral.

En lo que sigue profundizaremos esta reflexión analizando el modo en que transcurre la cotidianidad en la planta social de 8 de mayo, que responde parcialmente a esta caracterización y tiene atributos que le son propios.

#### ***4. Las plantas sociales como ámbito de trabajo***

La planta social “Eco Mayo” es una de las plantas sociales construidas en el marco del programa desarrollado por CEAMSE desde 2004. A diferencia de lo ocurrido con las otras plantas sociales, esta no ha sido diseñada y construida por CEAMSE, sino por una organización local llamada 8 de mayo, conformada en un proceso de toma de tierras a fines de los '90 (Cross, 2008). Esta organización gozaba de prestigio en la zona merced a su participación en la “lucha piquetera” en uno de los grupos más amplios y relevantes de esa lucha la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat (FTV). Asimismo, sus líderes gozaban de amplio reconocimiento por su defensa de los derechos humanos en la zona, habiendo sido partícipes activos en el caso de Diego Duarte y otros/as jóvenes quemeros/as que sufrieron apremios y hostigamiento por parte de las fuerzas de seguridad privadas y públicas que custodian el relleno. En virtud de ello, se les “ofreció una planta social” en 2004, como parte de la estrategia de contención del conflicto social, que fue aceptada a condición de que el diseño y construcción de la misma pudiera ser gestionada por la organización.

Los fondos para la puesta en marcha de la planta fueron aportados, mayoritariamente, por el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, aunque también se contó con subsidios de su homónimo en la provincia de Buenos Aires y algunas ONGs nacionales y extranjeras. Dada la complejidad del proyecto, su envergadura y la cantidad de dinero en juego, participaron del proceso de diseño e implementación profesionales y técnicos/as, por su cuenta o en representación de universidades y organismos de ciencia y técnica. Nuestro equipo de investigación ha colaborado con 8 de mayo desde la formulación inicial del proyecto hasta la actualidad, fundamentalmente en lo referido a la organización del proceso de trabajo, la elaboración del reglamento de la planta y la (re)escolarización de los/as trabajadores/as y sus familias.

Actualmente, la planta opera con unos 80 trabajadores/as en dos turnos que van desde las 7 y las 15 y las 13 y las 21 de lunes a viernes, y entre las 7 y las 11 y las 10 y las 14 los sábados. La mayor parte de los/as trabajadores/as residen en las inmediaciones de la planta, tienen entre 18 y 55 años y la cantidad de varones y mujeres es similar.

---

cual constituye entre la mitad y un tercio del ingreso percibido por los/as trabajadores/as según ha sido relevado. <http://www.desarrollosocial.gob.ar/ingresosocialcontrabajo/114>, consultado 28/11/2011.

Como en las demás plantas sociales existe un núcleo estable de trabajadores/as, conformado por personas vinculadas a 8 de mayo en las “luchas” previas a la planta y otro grupo más inestable que va rotando por las distintas plantas (privadas y sociales) en busca de las mejores condiciones posibles de trabajo, de acuerdo a sus necesidades (trabajar de mañana o de tarde, recibir un mejor pago, salir de un grupo con el que tuvieron conflictos, etc.).

El proceso de trabajo está organizado en dos circuitos denominados “*domiciliario*” y “*privado*”, en función del tipo de camión recolector sobre el que operan.

El circuito *domiciliario*, que involucra entre 10 y 12 camiones por jornada, comienza con el ingreso al predio de la planta de un camión de recolección que descarga todo su contenido en una tolva. En ese lugar dos trabajadores –habitualmente de menos de 30 años, siempre varones– operan sobre las bolsas con sendos tridentes para favorecer su elevación hacia una cinta transportadora ubicada a unos cuatro metros de altura. Una vez allí, dos o tres trabajadores/as las desgarran y comienzan con el proceso de clasificación. A lo largo de la cinta hay 16 recipientes huecos –ocho a cada lado– en cuya salida externa se ubican carros con ruedas en los que se recogen distintos tipos de residuos preclasificados en la cinta. Cada trabajador/a tiene a su cargo dos “bocas” ubicadas una a su izquierda y otra a su derecha. Dos personas, habitualmente varones, se encargan de reemplazar los carros cuando se llenan, trasladando los que están completos a las posiciones del “piso” en las que se efectúa una clasificación detallada.

Lo que no es recogido, el “rechazo”, es conducido por la cinta a unos contenedores ubicados fuera de la planta. En el interior de estos contenedores, llamados “roll off”, se ubican dos varones, usualmente menores de 30 años, que “acomodan el rechazo” para aprovechar al máximo la capacidad de esos contenedores<sup>10</sup>. Una vez llenos, los roll off son descargados en el relleno sanitario por personal del CEAMSE, procediéndose al enterramiento del “rechazo”.

El trabajo en la cinta en todo su recorrido es considerado como el “más sucio” y el más expuesto a olores desagradables, sustancias peligrosas y objetos cortantes. Es habitual que los/as trabajadores/as tengan lastimadas sus manos, aún cuando utilicen guantes, debido a que operan en un ambiente sumamente húmedo. Las personas que trabajan en la tolva y el roll off sumergen, literalmente, su cuerpo en montañas de bolsas con basura y realizan un enorme esfuerzo físico que les provoca dolores en piernas, espalda y brazos. Quienes se desempeñan en la parte alta de la cinta suelen quejarse de dolores en la cintura –por estar parcialmente inclinados– y en las piernas –por permanecer parados/as por largos períodos.

El circuito *domiciliario* continua en el “piso” con tareas de clasificación más detallada en las que se identifican diversas variedades de plásticos, cartones, papeles, etcétera. En algunos casos esto implica separar materiales por color, en otros “limpiar” lo recogido, por ejemplo, quitando tapas y etiquetas a las botellas. Dependiendo del “material” del que se trate (o del cliente al que esté destinado), ese puede ser el final del proceso o una etapa previa al “prensado”. La planta cuenta con dos prensas neumáticas manejadas por varones –generalmente mayores de 30 años– quienes no sólo se ocupan de operarlas sino de chequear que los procesos de clasificación previa hayan sido efectuados adecuadamente. De ahí que esta tarea sea considerada la más calificada.

Por su parte, el circuito *privado* comienza con la llegada, mucho más irregular y aleatoria, de camiones que transportan residuos sólidos urbanos generados en empresas o grandes establecimientos comerciales que contratan un circuito propio de recolección, como hemos anticipado.

---

<sup>10</sup> Cuando éstos se llenan hay que detener la cinta y pedir su reemplazo a personal del CEAMSE, de ahí que la productividad de todo el proceso dependa en buena medida de que este trabajo sea bien realizado.

Cuando uno de estos camiones llega a la planta se moviliza un grupo de entre 5 y 10 personas que se acercan a descargarlos. Esta tarea debe ser efectuada en el menor tiempo posible porque los choferes de los camiones tienen horarios que cumplir, llevando a cabo un proceso de preclasificación que permita conservar los materiales. Luego de esa preclasificación se pasa al trabajo de “piso” y, de ser necesario, a la prensa.

En este circuito, que suele ser un poco más “limpio”, es recurrente que los/as trabajadores/as sufran dermatitis por trabajar a la intemperie y fuertes dolores de espalda y brazos, porque deben inclinarse sobre el suelo y transportar pesadas cargas para vaciar los camiones. Como puede verse, entonces, el trabajo en las plantas es duro y se lleva a cabo en condiciones desfavorables para la salud de los/as trabajadores/as. En cuanto al tipo de competencias que requiere, se cuentan tanto la capacidad de distinguir los distintos tipos de materiales, como la fortaleza física que permita resistir las condiciones de trabajo.

Si bien existen jefes/as y encargados/as, designados/as por 8 de mayo, que se ocupan de asignar roles y tareas, se acepta que la distribución en los puestos de trabajo se realice en virtud de estas dos capacidades, es decir, fortaleza física y conocimiento de los materiales. Los varones jóvenes son considerados fuertes y aquellos que tienen más de 30 años y han trabajado en otras plantas son reivindicados como expertos, ninguno de estos atributos es reconocido a las mujeres, por eso existen roles de varones y no de mujeres.

No obstante, mediante la observación del proceso de trabajo se pone de manifiesto que existen otros principios que establecen si no jerarquías, al menos afinidades, que se enuncian como “de dónde viene” cada quién, si se tiene o carece de “cultura del trabajo”. Estos principios *justifican* los modos de agruparse para almorzar o participar de un taller, la forma de dirigirse entre sí y hasta los silencios. Las connotaciones de estas expresiones se pueden apreciar en los relatos de vida con los que se trabaja a continuación en los que Azucena y Noemí, que “no vienen de lo mismo”, relatan su vinculación con la planta.

## **5. Azucena: Trabajo y libertad.**

Azucena trabaja en “el privado” en el turno tarde, forma parte del núcleo estable de trabajadores/as de la planta y está vinculada al proyecto desde 2004, año en el que participó en los talleres que se dictaron en 8 de mayo para sensibilizar a los/as vecinos/as con el proyecto de la planta social.

Esta mujer de mediana estatura, que suele llegar a la planta en bicicleta y camina muy erguida, tiene 51 años y nació en Tucumán, provincia situada a 1200 kilómetros de Buenos Aires. Nació en el seno de una familia que ella define como “gente de plata”. Su madre abandonó el hogar siendo ella muy pequeña y su padre, que era ingeniero, murió tiempo después. Tenía 3 años. Entonces la “trajeron a vivir a Buenos Aires” con un hermano mayor José. Éste, nacido de un matrimonio anterior de su padre, residía con su esposa e hijos/as en Villa Ballester, una de las localidades que integra el Municipio de General San Martín.

Azucena cursó sus estudios primarios y secundarios en un colegio privado, porque José “pagaba la cuota” para que ella fuera “alguien”. Hubiera seguido estudiando, quería ser ingeniera, pero a los 17 años su cuñada la “echó de la casa”. Ella estaba terminando el bachillerato, pero tuvo que abandonar los estudios y comenzó a trabajar en un taller de bordado.

Rápidamente aprendió el oficio y por su “prolijidad” y “velocidad” pudo “progresar en el trabajo”. Luego de muchos años, a fines de los '80, “cuando todas las textiles comenzaron a teclear”, a entrar en crisis, la empresa en la que trabajaba cerró. Entonces, comenzó a trabajar a

*façon*<sup>11</sup> para “negocios de ropa de Capital”, es decir la Ciudad de Buenos Aires. A fines de los '90 tuvo que cerrar su taller y, casi al mismo tiempo, le diagnosticaron una enfermedad degenerativa, razón por la cual supo que no iba a volver a conseguir empleo. Entonces comenzó a “ir a la quema” a buscar retazos con los que confecciona ropa para bebés y niños/as que una sobrina comercializa en Tucumán. Con esto “se las rebusca” para vivir y darle una educación a su hijo, Esteban. Dice que es mejor a “que te den”, porque ella no soporta que le tengan “lástima”, que le “den limosna”, si ella tiene “dos manos y una cabeza para ganar el pan”.

Para poderse “renovar” copia los moldes de las marcas de moda y, según dice, tiene “buenos precios” porque “no paga la tela”. Eso le permite vender su producción en barrios periféricos de su provincia natal donde la “ropita linda no llega o es muy cara”.

En este relato se ve que la historia de Azucena marca un paulatino proceso de precarización de sus condiciones de vida y trabajo que la llevaron desde ser una trabajadora industrial calificada a convertirse en “quemera” que busca recursos en el relleno sanitario.

Estos recursos, empero, no son alimentos o materiales para vender, sino materia prima para producir. Y el modo en que ella produce muestra sus competencias técnicas y comerciales. Azucena obtiene materias primas entre lo que descartan los talleres que trabajan para grandes marcas, copia modelos de las empresas líderes, poniendo la “ropita linda” al alcance de aquellas personas que no acceden siquiera a los circuitos de comercialización de estas grandes marcas.

Esta situación hace pensar acerca de las connotaciones de la expresión “rebusque”. Azucena sabe coser y manejar su negocio y por eso se las puede “rebuscar”. Sin embargo, este rebusque constituye una alternativa degradada respecto a lo que anhelaría realizar: trabajar en una fábrica, fuera del hogar.

Como ella señaló, “con esto” va “tirando,” aunque preferiría “trabajar en una empresa, en un taller, no en su casa”. A ella no le gusta “quedarse encerrada” porque “le camina la cabeza”, piensa en su enfermedad, y porque “lo lindo del trabajo es estar con compañeros, sentir las máquinas, ser alguien”. Eso la llevó a “anotarse” para trabajar en la planta social cuatro años antes de que comenzaran las actividades y a interesarse semanalmente por los avances del proyecto. Consultada en uno de los talleres en los que participó acerca de su perseverancia respondió: “Para mí este es el último tren, es mi última oportunidad de conseguir trabajo y me dicen que si vengo a los talleres y a las reuniones me van a llamar”.

Las reuniones eran organizadas por los/as líderes de 8 de mayo para inscribir interesados/as en trabajar en la planta y comentar con ellos/as los avances en las negociaciones en el convenio con CEAMSE, la obtención de subsidios o la construcción de la planta. En cambio, los talleres – organizados utilizando metodología de la investigación acción participativa (Gustavsen, 2008; Genat, 2009)- se orientaban a sentar las bases para un proceso de gestión participativo una vez puesta en marcha la planta, favoreciendo el involucramiento de los/as futuros/as trabajadores/as con los propósitos solidarios de 8 de mayo, poniendo en común sus conocimientos en materia de reciclado para homogeneizar las competencias entre ellos/as y/o elaborando en conjunto pautas reglamentarias que organizaran el trabajo una vez inaugurada la planta.

Cinco años después su perseverancia fue reconocida y la convocaron a trabajar desde el primer día, aún sabiendo que su enfermedad le imponía ausentarse del trabajo durante una o dos semanas al año. A cinco meses de haber comenzado a trabajar, en agosto de 2009, le pregunté a Azucena cómo se sentía con el trabajo. Ella me recordó que no “vivía de eso” porque si no se

---

<sup>11</sup> Esta expresión indica que realizaba el trabajo para terceros que requerían una determinada cantidad de prendas, para lo cual aportaban los moldes y la materia prima.

hubiera “muerto de hambre”, el retiro alcanzaba, por entonces, a AR\$ 400 por quincena<sup>12</sup> y eso no era ni la mitad de lo que ella obtenía con “su negocio”. Sin embargo, estaba “feliz” de “haber vuelto al trabajo que era lo que más soñaba”.

Esta particular configuración del tiempo en la vida cotidiana de Azucena muestra hasta qué punto es necesario considerar complejamente la vinculación entre actividades remuneradas y no remuneradas, espacio público y privado, es decir tener en cuenta la organización social total del trabajo (Glucksmann, 1995). Durante cinco años Azucena, como otros/as compañeros/as, concurrió a las actividades organizadas por 8 de mayo para ser “tenida en cuenta” al momento de poner en marcha la planta social. Tales actividades no le reportaban un beneficio económico inmediato, pero sí oficiaban como antecedente favorable al momento de reclamar un lugar en la planta social. Ella valoraba esta posibilidad como la única a su alcance para “tener un trabajo”, lo cual deseaba fervientemente a pesar de que había montado un “rebusque” que le permitía sostener un nivel de vida aceptablemente bueno para ella, en tanto le permitía solventar la educación de su hijo. No obstante, Azucena quería un trabajo fuera de su casa, en un “taller o en una fábrica” y la planta social era lo más cercano a esa expectativa en tanto le permitiría estar en contacto con “los compañeros”, rodeada del ruido de las máquinas, sentirse “alguien”. En términos de Ricœur (2006), podemos decir que para Azucena es el reconocimiento a la capacidad de trabajar, mediante la inclusión en un colectivo laboral, lo que afirma su pretensión de ser sujeto de estima social. A tal punto Azucena lo vive de este modo que sostiene su trabajo en la planta, aún cuando sigue obteniendo sus medios principales de vida a partir de su “rebusque” como costurera.

Interrogada acerca de cómo podían mejorarse las condiciones de trabajo en la planta, me respondió en estos términos:

Nosotros sacamos poco retiro con la venta de materiales, pero para mí... para mí, el estado nos tendría que garantizar nuestro salario, porque esto que hacemos nosotros de clasificar la basura es un beneficio para ellos, flor de favor que les hacemos nosotros al separarle la basura y ellos nos tendrían que pagar un buen sueldo, en blanco, digno, que te alcance y no está miseria que nos estamos llevando...Igual esto es mejor que nada, porque a mí me gusta trabajar, trabajar en sí es una sensación linda, tener trabajo digno, un trabajo-trabajo, lo que yo quería, no?.

En este fragmento Azucena muestra hasta qué punto es conocedora de los conflictos que se desarrollan en torno a la gestión de los residuos sólidos en la zona. Ella sabe que el reciclado es presentado como la única alternativa al sistema basado en el enterramiento en rellenos sanitarios. A su vez, identifica al estado como el principal beneficiario de esta actividad por ser el principal responsable de las actividades vinculadas al saneamiento. De hecho, los municipios pagan altísimas primas a las empresas prestatarias del servicio de recolección y a CEAMSE por enterrar los residuos, beneficios de los que están excluidos los/as trabajadores/as de las plantas.

Esta exclusión no suele ser problematizada ni siquiera en los discursos académicos. Se sostiene que el reciclado hace a la sustentabilidad del actual modelo de acumulación, por lo cual debiera ser reconocido como un servicio público, como la recolección y el enterramiento. Sin embargo, la única fuente de ingresos que se admite para los/as trabajadores/as es la venta de materiales, lo cual implica que tanto el estado como las empresas generadoras se desentiendan de la reproducción de estos/as trabajadores/as. (cfr. Schamber y Suárez, 2007; Paiva, 2008, Álvarez, 2011, *et al.*).

---

<sup>12</sup> En 2009 esto implicaba unos US\$ 110. En la actualidad, habiéndose puesto en funcionamiento un segundo turno, los ingresos fluctúan entre AR\$1000 Y AR\$1200 por quincena, que equivalen a entre US\$ 235 Y US\$ 282.

Por su parte, el estado financia parcialmente algunas de estas actividades a través de programas sociales, sin embargo lo hace desde políticas pensadas para poblaciones vulnerables, es decir incapaces de insertarse en el mercado de trabajo y no como retribución a la tarea que efectivamente se desarrollan en estas plantas, negando así la capacidad productiva que despliegan estos/as trabajadores/as cotidianamente.

En el fragmento antes referenciado Azucena define asimismo lo que es para ella un “salario digno”, en blanco, caracterizado como tal por los beneficios a los que da acceso y porque “alcanza” para vivir.

¿El hecho de que en la planta no se perciba un salario digno le resta *dignidad* al trabajo realizado? Es posible observar que para Azucena se puede realizar un trabajo digno sin que el salario percibido lo sea. Esto muestra un desdoblamiento en cuanto a las responsabilidades: que el trabajo sea digno está vinculado al tipo de tareas que se llevan a cabo y el entorno en el que se desarrolla, que el salario lo sea, es una responsabilidad de quien ejerce el rol de empleador/a. Si el empleador omite sus responsabilidades, eso no afecta la dignidad de quien trabaja. En todo caso, hay un derecho del que se lo está privando pero no se le puede negar su capacidad para arrogarse ese derecho y por tanto la estima social que se deriva de tal capacidad (Ricœur, 2006)

De este modo Azucena introduce una jerarquización en cuyo tope está el trabajo “en blanco”, que permite acceder a un salario que, no solo alcanza para vivir sino que garantiza el acceso a la seguridad social. En este tipo de trabajo hay una correspondencia entre los derechos y las capacidades reconocidas. Luego hay otros trabajos, “en negro”, como el de la planta, pero en tanto transcurren en el espacio público y tienen dimensión colectiva, permiten acreditar la propia capacidad como trabajador/a. En tercer lugar de esta jerarquía, se encuentra el *rebusque* como esa actividad que permite sostener el hogar. A pesar de que *a priori* tener su negocio textil podría ser considerado como una fuente de mayor estima social –por el tipo de tarea de que se trata, porque le aporta mayor remuneración, porque implica movilizar competencias técnicas y comerciales – para Azucena no parece ocupar un lugar preponderante. De hecho, pareciera que los recursos que obtiene confeccionando y vendiendo ropa para bebés le permiten *darse el gusto* de trabajar en la planta. Sin embargo, el rebusque es preferible a pedir *limosna*, que *te den*, lo cual ocupan el último lugar en la jerarquía. Eso es lo que ella rechaza de plano, porque constituye la negación absoluta de sus capacidades, de lo que puede hacer por sí misma, en tanto tiene “dos manos y una cabeza”.

Sin embargo lo que encierran estas afirmaciones se vuelve mucho más claro cuando responde a la pregunta acerca de qué futuro le gustaría para su hijo. Ella cuenta que de eso se está ocupando “muy bien”. Puntualmente, y desde hace 10 años, paga las cuotas de un colegio parroquial al que lo envía para que sea “más persona” pero también para que reciba una educación que le permita acceder a la universidad (ella desconfía de la calidad de la educación que brindan las escuelas públicas del barrio). Dice que Esteban sueña con ser Ingeniero “en computación” y entonces contó que *su* “mayor sueño”, el de Azucena, era:

[M]andararlo a la universidad porque eso es lo que te hace libre. Estudiar te hace libre, podés trabajar de lo que te gusta. Nadie te levanta el tono de voz. No tenés que agachar la cabeza. Si te equivocás, lo admitís y si no, razonás con la otra persona

En este párrafo subraya al trabajo como modo de estar en el mundo y al trabajo calificado, al que se accede mediante la educación, como modo de encumbrarse en la estima y consideración social. Acceder a un título universitario permite elegir un trabajo que te guste, y esto constituye para ella la “libertad”. No dejar de trabajar, o manejar la propia empresa, sino elegir dónde emplearse. Luego, un título universitario también permite ser reconocido/a como experto/a, es decir como alguien a quién se trata con respeto, no se le levanta la voz y no necesita agachar la

cabeza. A su vez, al contar con credenciales que acreditan la capacidad, es posible admitir que se cometió un error –sin que eso se interprete como incapacidad- o defenderse si se recibe una acusación injusta. Y eso es lo que ella quiere para su hijo y, podemos agregar, le hubiese gustado conseguir para ella también, si las circunstancias –sus obligaciones, sus posibilidades, su salud- se lo hubiesen permitido.

## 6. *Noemí: Lo que se logra trabajando*

Noemí se vinculó a 8 de mayo en 1999, casi desde el comienzo de la organización, en busca de un “pedazo de tierra” en el que vivir. Trabaja en la planta desde su apertura y también participó de varios de las actividades previas realizadas, aunque desde su lugar de “integrante de la organización”. A diferencia de Azucena, ella no *iba* a los talleres, siempre *estaba* en el Centro Comunitario.

En la planta trabaja en el turno mañana y generalmente le dan tareas en el “piso” limpiando botellas plásticas, es decir, quitando etiquetas y tapas.

Esta mujer de 35 años nació en el sur del conurbano bonaerense, en el seno de una familia “muy humilde”. Su papá no sabía leer y hacía “changas”, es decir trabajos temporarios de baja calificación. Su mamá tampoco había ido a la escuela y, a veces, lavaba ropa a mano “para afuera”, para otras familias con mayores recursos. Cuando murió su papá, ella tenía 6 años. Dos años después falleció también su mamá. Desde entonces su vida estuvo caracterizada por el sufrimiento y la violencia. Junto a su hermana se mudó con un tío que les “pegaba mucho” y entonces ella comenzó a “escaparse de la casa”, pero “siempre la encontraban” y la “llevaban de vuelta”.

Cansada del maltrato un día se “puso firme” y decidió que no la iban a “encontrar más”. Tenía 8 años. Atravesó toda la ciudad de Buenos Aires y llegó a Retiro. Desde entonces y hasta los 15 fue “una chica más de la calle” y como tal “anduvo durmiendo en las plazas” y “en las estaciones de trenes”. Nunca fue a la escuela y “vivía de lo que conseguía”, “mangueando” o “baldeando veredas”.

Cuando nació su primera hija no quiso “seguir en la calle”. Y por medio de un familiar, se reencontró con su hermana Puchi y se mudó a una casilla en el barrio Independencia, una villa de emergencia, situada en el municipio de General San Martín. Para subsistir partían cada mañana desde allí hasta las zonas más urbanizadas a “cirujear, es decir, a recolectar materiales en la vía pública para luego comercializar. Así comenzó para ella una nueva etapa en su vida, según cuenta en lo que sigue:

Yo en la calle más que nada mangueaba, baldeaba una vereda y con eso iba tirando [...] Cuando vine acá [se refiere al área Reconquista], yo no sabía lo que era juntar botellas ni nada. Mi hermana me dijo: Andá allá a la vuelta, que allá hay botellas y diarios a levantar, que yo levanto de ahí. Llevé una bolsa y me puse en una parada de colectivo, y yo vi y seguí de largo; y fui y le dije a mi hermana que no, que no había nada [...] Y un día me acuerdo, el tercer día, Puchi me persiguió y me agarró de la espalda y me dijo: Agachate y levanta eso, me dijo, si vos no conseguís un trabajo, me dijo, tenés que hacer esto para alimentar a tu hija y criar tu hija. Y yo llorando le decía que no, que eso no era mi vida... ¿Y qué vida querés?, me dijo, ya está tu hija [...] Porque yo trabajo, no, nunca lo tenía, es que te piden muchas cosas, que si vos tenés estudio, yo de estudio, cero, ¿entendés?...

La primera experiencia que Noemí identifica como cercana a una actividad laboral es el cirujeo y, según cuenta, le costó muchísimo comenzar, pero lo hizo para poder afrontar la crianza de su hija. Esta actividad está asociada a la idea de establecerse en un lugar, dejar de ser una “piba de

la calle”, asumir su responsabilidad como madre. La escena que ella relata para contar como “empezó” la muestra a ella en actitud indolente, no se quiere “agachar” y a su hermana recordándole sus responsabilidades, enseñándole a trabajar.

De hecho, Noemí suele caminar con la espalda encorvada. No obstante, su mirada es sumamente desafiante y su cuerpo está en un estado de tensión permanente. Ella se “agacha”, pero no es complaciente ni sumisa. En otra ocasión me había dicho: “Yo parezco mala, pero no soy. La calle te deja así, desconfiando, siempre lista para pegar o para salir corriendo”. Y, creo que esa es la mejor forma de describir la actitud de Noemí: siempre apenas contenida, siempre a la defensiva. Y algo de esta actitud se nota en sus palabras.

De hecho, en este fragmento se observa que ya desde el principio Noemí proyecta una imagen degradada de sí, al menos en cuanto a las capacidades que ella misma (no) se reconoce. Atribuye a su hermana el rol activo, ella es, no sólo quien le enseña a cirujear –indicándole donde buscar materiales, cómo hacerlo- sino quién le marca sus responsabilidades como mamá. Entonces es posible ver que si Azucena se presenta como una mujer dispuesta a enfrentar la adversidad, Noemí parece situarse a la deriva. La impotencia desde la que se construye Noemí es la principal muestra de su imagen degradada, como también ha sido observado por Ricœur (2004), una persona a quién no se le reconocen capacidades no es responsable, pero tampoco sujeto de estima social.

Respecto al cirujeo, el status que Noemí le otorga como actividad es difuso. Ciertamente, lo sitúa por encima de “baldear veredas” o “manguear”, lo que en los términos anteriores sería la *limosna*. La continuidad que exige la tarea, el hecho de que la consecución del dinero esté más mediatizada (hay que encontrar los materiales, clasificarlos, llevarlos a vender) indicaría un momento de cambio en su vida, un quiebre con la actitud indolente de la “piba de la calle” que había sido. Este mandato, la contraposición entre la vida que *querés* y la vida que *podés* llevar cuando *sos* madre, es presentado como la *justificación* para asumir su responsabilidad.

Con el tiempo “fueron llegando más hijos/as” y se le hizo cada vez más difícil hacer frente a sus responsabilidades. En 1998, en el marco de un proceso de tomas que se extendió por toda la región que rodea al relleno, Noemí se sumó a 8 de mayo. Primero como una mamá que llevaba a sus hijos/as al comedor y luego desempeñándose en distintas actividades “comunitarias” como limpieza del Centro, preparación de alimentos, organización de actividades recreativas, etc. En uno de los diálogos que mantuvimos en estos años, ella se mostraba “muy orgullosa” del camino recorrido en la organización porque “empezó como asistida” y a partir de sumarse a la organización como “una compañera más” había comenzado a hacer “cosas por los demás”.

A cambio de estas actividades obtenía alimentos y algunos ingresos monetarios con los que “ir tirando”. A veces, se “encontraba” sin “nada para comer” y se iba a la “quema” a buscar “mercadería” o “materiales para vender”. Otras veces “mandaba a pedir a Capital” a sus hijos/as, lo cual le ocasionaba serios conflictos con los/as líderes de 8 de Mayo, uno de cuyos objetivos es la erradicación del trabajo infantil y le reprochaban esta conducta contradictoria con su condición de “compañera de la organización”.

Precisamente, este status de integrante de 8 de Mayo la llevó a seguir de cerca las actividades previas a la puesta en marcha de la planta y acrecentó su entusiasmo de sumarse como trabajadora: “Para mí va a ser la primera vez”, decía pocos días antes, “espero que pueda aguantar el ritmo de ir todos los días”. Al principio fue destinada a la cinta, pero como “no andaba bien”, una de las encargadas le indicó que “bajara al piso”. Noemí se sintió decepcionada de que “no le dieran tiempo para aprender” pero, fundamentalmente, muy afectada por no ser tratada como “una compañera”, en referencia al pasado común como parte de 8 de Mayo. Así explicó su malestar

Porque yo no lo quise... yo los quiero mucho, te digo la verdad, a pesar de todo...Ellos son como que son mi familia, ¿me entendés? Y yo nunca los quise traicionar, irme a otra planta, irme a conseguir otro... Porque si yo me iba a cualquier a otra planta... yo voy presento, lloro un rato, les digo que tengo tantos hijos, no tengo para darles de comer, yo quiero trabajar... A mí me iban a tomar.

La apelación afectiva de Noemí en relación con el trabajo se mantiene vigente aún con relación a la planta. Los argumentos que exhibe no se relacionan con la puesta en juego de sus *capacidades* sino de sus *necesidades*. Estos argumentos constituyen, a su vez, *pruebas* de su lealtad hacia la organización por haberse reservado para *esa* planta, a pesar de haber tenido posibilidades de “presentarse” en otra. Y lo ha hecho para no *traicionar* a sus compañeros/as de 8 de mayo a quienes considera como “su familia”.

Los lazos familiares constituyen una primera experiencia de vinculación con el otro, pero también son un prerequisite para establecer relaciones de reciprocidad ampliada primero y generalizada después (Ricœur, 2006). Las carencias afectivas de Noemí en su infancia, su falta de experiencia escolar y laboral, parecen haberla dejado *detenida* en esa primera etapa.

No obstante, a pesar de sentirse decepcionada, también manifiesta que comenzar a trabajar en la planta social le permitió hacer un importante cambio en su vida. En efecto, este “primer trabajo” marcó varios cambios en su rutina y en la de su familia que en la actualidad está integrada por cinco hijos/as y dos nietos/as. Así lo contó:

Cambia, si [...] De levantarte temprano, de que sabés que tenés un horario, ¿entendés?, que tenés que levantarte y tenés que venir, ¿entendés? Agachar tu cabeza y venir ¿Me entendés? Yo te digo la verdad, mis hijos antes a mí no me importaban si iban al colegio o no iban al colegio [...]. Pero hoy por hoy, yo me levanto cinco y media, seis los despierto, seis y media están parados en la parada del colectivo para que los lleve. [...] Eso es muy importante, para mí es muy importante ¿Entendés? Los logros que yo estoy haciendo con mis hijos. Es un poco como que me ordenó... la vida... Me la ordenó, sí...

En este párrafo, una vez más, Noemí relaciona su actividad laboral en estrecha proximidad con su forma de ejercer la maternidad. A ella le costó mucho al principio levantarse temprano, acostumbrarse a cumplir un horario y presentarse diariamente a trabajar. Sin embargo, se habituó a hacerlo y esto la llevó a cambiar el vínculo que tenía con sus hijos/as, asumiendo con mayor naturalidad ciertas obligaciones. La que ella resalta especialmente es la de levantarse temprano para asegurarse que ellos/as también lo hagan y se preparen para asistir a la escuela.

En relación con esta cuestión pensar la organización social total del trabajo en la vida cotidiana de Noemí permite comprender las complejas articulaciones que se expresan en su discurso. En cuanto al modo de gestionar el tiempo ella señala su ingreso a la planta como un hito. También alude al trabajo, una vez más, en términos de “agachar la cabeza”, como una situación de subordinación que sin embargo valora positivamente en tanto le permite “cambiar”. Este cambio es explicado casi totalmente por las obligaciones que le impuso su trabajo en la planta social. *Antes* no tenía idea del día de la semana en que vivía y se desentendía de las obligaciones escolares de sus hijos/as, *ahora* le resulta más sencillo cumplir con sus obligaciones maternas.

Es ampliamente conocido que el trabajo constituye un organizador de la cotidianeidad de las personas, pero en este caso no se trata solo de eso sino de instaurar un uso diferente del tiempo, ya no desde la necesidad, de salir a pedir, a juntar cartón, sino desde el ejercicio de las capacidades: de trabajar, de cuidar a los/as hijos/as. A este cambio ella se refiere como los logros que alcanzó en el último tiempo.

A su vez este relato muestra la artificialidad de las fronteras que separan espacio público y privado, actividades remuneradas y no remuneradas, introduciendo el eje necesidades/capacidades como mucho más productivo al momento de entender lo que cambió en la vida de Noemí al momento de vincularse a la planta social.

No obstante, en este pasaje de la necesidad a la capacidad la causa eficiente, el motor para el cambio sigue estando situado por fuera de ella misma y su voluntad. Una vez más, ella pone como un déficit propio –“no me importaba”- su inconstancia en el acompañamiento de los/as niños/as para que pudieran completar su educación y pone “afuera”, en el hecho de haber comenzado a trabajar en la planta, la virtud de haber alcanzado esos “logros”, que vinieron aparejados al cambio de rutina.

Esto muestra claramente como ciertas experiencias fundan posibilidades de *reivindicar para sí ciertas capacidades* y la organización del tiempo constituye un gran avance en este sentido, porque no solo permite asumir responsabilidades sino proyectar. En tal sentido, consultada ella también acerca de lo que esperaba para sus hijos en el futuro esto fue lo que dijo:

De que ellos sean ellos, que tengan un estudio, como te digo, un trabajo digno. Que amen a su familia, una familia normal. Que tengan sus hijos, que aprendan a enseñarles,... que no estén pasando lo que ellos pasan hoy en día cuando por ser chicos que por ahí tienen que salir a pedir. Yo lo que deseo para ellos es que tengan un buen trabajo, que ellos puedan tener un trabajo, cómo te puedo decir, una fábrica...

Como en las demás reflexiones de Noemí, en este párrafo lo que ella desea, lo que le parece bueno, aparece colocado fuera de sus posibilidades, como algo ajeno. Que tengan una “familia normal” a la que amen y que “sean ellos”, algo equiparable a la libertad de la que hablaba Azucena. Noemí desea que sus hijos/as terminen la escuela, puedan acceder a un “trabajo digno”, por ejemplo en una fábrica, un “buen trabajo”. Que sean capaces de “enseñarles” a sus hijos/as. Y en este punto ella se vuelve a colocar en falta: Desea que sus hijos/as le puedan enseñar a sus nietos/as, cosa que ella no se considera en condiciones de hacer.

Pero también habla de ciertas situaciones que atraviesan sus hijos/as, que ella también “tuvo que pasar”, como la de “salir a pedir” y ella sabe que eso tiene consecuencias en el futuro, que eso va en contra de lo que ella dice que le gustaría. Pero una vez más, parece que eso no tuviera nada que ver con sus posibilidades. Sabe que *está mal*, pero no parece estar a su alcance modificarlo, ve las cosas como desde afuera. En este punto es donde la in-corporación de una imagen degradada de sí misma se revela con mayor claridad: a pesar de sus buenas intenciones, ella no puede, no sabe, no se organiza, aunque a partir de comenzar a trabajar en la planta haya alcanzado algunos “logros”.

## **7. Reflexiones finales y aportes**

En este artículo analizamos el tipo de inserción social a que da lugar un programa social: el de las plantas sociales emplazadas en el relleno Norte III, el cual está orientado a crear puestos de trabajo para poblaciones definidas por su vulnerabilidad, en virtud de sus dificultades para conseguir empleo en mercados de trabajo primarios. Tales puestos de trabajo no constituyen una *alternativa* al empleo en tanto ofrecen condiciones de trabajo sumamente duras y un ingreso escaso en su monto que no garantiza el acceso a los servicios sociales básicos, además de ofrecer modalidades de contratación sumamente precarias e informales. Sin embargo, es presentado, tanto por quienes lo han diseñado como por las “beneficiarias”, como una “oportunidad” sumamente valiosa porque permite trabajar. Nuestro foco estuvo, precisamente, en estudiar los procesos sociales y políticos que permiten esta común caracterización del programa, así como de la población a la que está dirigido.

A este fin dimos cuenta del proceso de formulación de este programa, del mundo de la vida de las personas que viven y trabajan en los alrededores del relleno sanitario Norte III y el relato que efectúan dos trabajadoras acerca de su vinculación con la planta social. Así fue posible observar que la cuestión de la basura constituye un punto central para comprender el mundo de la vida que rodea las plantas sociales, porque es a la vez medio de vida, fuente de sufrimiento, prenda de conflicto. Las pugnas por la apropiación del valor que circula en torno a la recolección y enterramiento de los residuos ha constituido el eje de varios conflictos locales y extra locales, agudizados en el pasado reciente, que dieron lugar, no solo a un cambio en la legislación vigente desde los 70, si no a un programa social específicamente diseñado: el de las plantas sociales. Desde su formulación éste piensa a los/as trabajadores/as desde sus carencias, naturalizando su exclusión del mercado de trabajo, lo cual marca, a nuestro entender, su principal limitación en función de atenuar la vulnerabilidad social de estos sectores.

Asimismo, hemos observado que la asociación entre exclusión del empleo y vulnerabilidad social también está presente en el discurso de las trabajadoras y se expresa en el modo en que ambas se definen como personas (in)capaces de lidiar con su vida. En tal sentido, fue posible poner de relieve que a pesar de que hay muchos puntos en común en su situación actual -viven en el mismo barrio, trabajan en el mismo lugar, tienen hijos/as a su exclusivo cargo- y en su biografía –ambas perdieron tempranamente a su padre y su madre, han sufrido el desalojo y el desempleo- el modo de situarse socialmente en el eje necesidades/capacidades es claramente diferente. Probablemente porque “no vienen de lo mismo”. Azucena, que recibió educación formal y tuvo “buenos trabajos”, ha sido capaz de rebuscárselas para asumir sus *responsabilidades* como madre y no tener que *pedir limosna*. En cuanto a Noemí, a ella le pasan muchas cosas, pero casi siempre se presenta *impotente*, *incapaz* de hacer frente a sus responsabilidades por sí misma. Y esta imagen está en estrecha relación a su *incapacidad* para tener un empleo, lo que ha obtenido ha sido merced a mostrar sus “necesidades”, lo cual acentúa la imagen degradada de sí que compone.

Nuestra interpretación es que al pensar sus discursos desde el eje necesidad/capacidad se revela que Azucena y Noemí “no vienen de lo mismo”, pero comparten los marcos de sentido frente a los que articulan sus experiencias. La imagen que construyen de sí tiene que ver con resultados diferentes que obtienen al contraponer su biografía con esquemas de valoración similares, en los que el trabajo asalariado constituye una aspiración compartida porque implica el reconocimiento a sus capacidades para alcanzar su *ergon*. Así, el estatus de *digno* conferido al trabajo y al salario alcanza su correcta dimensión, porque esa *dignidad* se confiere a quienes la alcanza. Por oposición, quienes no pueden acceder a ellos son personas *indignas*, con una imagen degradada de sí.

Sin embargo, no toda situación de privación del empleo asalariado es idéntica. Vivir de *limosnas*, del *manguero* es la menos valorada. Los *rebusques* son una instancia más apreciada, porque implican valerse por sí misma y esto diferencia a Azucena y Noemí. En este esquema, el trabajo en la planta se ubica en un status marcadamente superior y ha constituido una “oportunidad” para las dos. En tal sentido, coinciden con el documento de CEAMSE en cuanto a que la planta constituye una mejora respecto a su situación inmediata anterior.

En vistas a esto, observamos la constitución de una comunidad de valor en torno a la cuestión empleo–vulnerabilidad social que no solo da sentido al programa de la planta, sino permite *justificar* las desfavorables condiciones de vida y trabajo que se impone a los/as trabajadores/as, desde la presunción compartida –por trabajadores/as, estado y CEAMSE, en este caso- de que esto constituye una mejora objetiva respecto a su situación previa. Las bajas expectativas compartidas respecto a revertir esa situación, lleva entonces a aceptar la inclusión degradada en el trabajo de estas poblaciones, contribuyendo a reforzar su vulnerabilidad social.

Por ello, consideramos indispensable problematizar la idea de (*in*)empleabilidad. Asumir que una persona tiene baja empleabilidad como un atributo que la define implica naturalizar las reglas que rigen el mercado de trabajo. El mercado de trabajo, como cualquier otro, no asigna oportunidades imparcialmente sino que consagra las relaciones de poder que establecen las desigualdades entre e intra clase y entre géneros. Esto parece una obviedad y sin embargo no se cuestiona al pensar políticas para las poblaciones vulneradas que, al ver esencializada su condición, se tornan más vulnerables.

El análisis realizado pone de relevancia que el reconocimiento social a la capacidad de trabajar constituye una condición insoslayable para que personas como Azucena o Noemí se sientan plenamente integradas desde el punto de vista social. Es decir, estimadas, respetadas y, en tal sentido, libres del menosprecio y el maltrato. Como contrapartida, aquellas miradas que acentúan sus necesidades –antes que sus capacidades- no hacen sino fortalecer una imagen degradada que subraya su impotencia.

Quizás un buen punto de partida sería debatir socialmente la propuesta de Azucena, que impulsan también otros/as trabajadores/as del reciclado, en el sentido de reconocer su tarea como servicio público. Esto supondría, por empezar, aceptar las capacidades productivas y técnicas de personas preparadas para, por ejemplo, distinguir más de 20 clases diferentes de materiales plásticos. Asimismo, implicaría aceptar la relevancia social de su tarea, antes que proponerla como un mero paliativo a su pobreza y les permitiría disputar una parte de las primas que pagan los gobiernos nacionales, provinciales y municipales en concepto de limpieza y saneamiento, con las que mejorar los ingresos que actualmente dependen exclusivamente de la venta de materiales. A las empresas “se les paga por contaminar” diría el activista Marcelo Loto, mientras que no se les quiere pagar a los/as cartoneros/as y quemeros/as por reciclar.

Un cambio en este sentido no solo mejoraría sus ingresos, sino que permitiría reorientar el proceso de trabajo en función de un criterio de saneamiento ambiental y no comercial. Actualmente se “separa lo que se vende” y el resto va a disposición final, encarando la actividad como servicio esto podría modificarse.

Explorar esta y otras propuestas similares permitirían sí romper con la vulnerabilidad social de estos sectores, empezando por subrayar aquello que pueden y desnudando el carácter arbitrario de las carencias que les impone el mercado.

### ***Bibliografía citada.***

Álvarez, Raúl (2011), *La basura es lo más rico que hay. Relaciones políticas en el terreno de la basura. El caso de los quemeros y los emprendimientos*, Buenos Aires, Dunkin Editora.

Carlino, Sandra (2007), “Ideas sobre la basura, percepciones sobre cartoneros” en Pablo Schamber y Francisco Suárez: *Recicloscopio, Miradas sobre recuperadores urbanos de residuos de América Latina*, Buenos Aires, Prometeo, pp. 289-309.

Cross, Cecilia (2008) “Las huellas de las tomas: La articulación de la experiencia en procesos de asentamiento en el conurbano bonaerense” en *Revista Margen*, N° 51, Buenos Aires. Disponible en: <http://www.margen.org/suscri/margen51/cross.html>, 25/11/2011

Fernández Álvarez, María Inés y Manzano, Virginia (2007), “Desempleo, acción estatal y movilización social en Argentina”, *Política y Cultura*, N° 27, pp. 143-166.

Genat, Bill (2009), *Building emergent situated knowledge in participatory action research*, *Action Research*, Vol. 7 (1), pp. 101-115.

Glucksmann, Miriam (1995), "Why Work? Gender and the Total Social Organization of Labour", *Gender, Work and Organization*, Vol. 2(2), pp. 63–75.

Gustavsen, Bjørn (2008), "Action research, practical challenges and the formation of theory", *Action Research*, Vol. 6 (4), pp. 421–437.

Hall, Stuart (1980), "Cultural Studies: two paradigms", *Media, Culture and Society*, N°2, pp. 57-72.

Hintze, Susana (2005), *Políticas sociales argentinas en el cambio de siglo. Conjeturas sobre lo posible*. Buenos Aires, Espacios Editorial.

Merklen, Denis (1999), "Un pobre es un pobre. La sociabilidad en el barrio; entre las condiciones y las prácticas", *Margen Revista de Trabajo Social*, [www.margen.org/social/merklen.html](http://www.margen.org/social/merklen.html). 12/06/2008

Paiva, Verónica (2008). *Cartoneros y Cooperativas de recuperadores. Un mirada sobre la recolección informal de residuos. Área Metropolitana de Buenos Aires 1999-2007*, Buenos Aires, Prometeo.

Ricœur, Paul (2000), "Narratividad, fenomenología y hermenéutica", *Anàlisi*, N° 25, pp. 189-207

Ricœur, Paul (2006 [2004]), *Caminos del Reconocimiento: Tres estudios*, México, FCE.

Schamber, Pablo y Suárez, Francisco (2002), "Actores sociales y cirujeo y gestión de residuos. Una mirada sobre el circuito informal del reciclaje en el conurbano bonaerense", *Realidad Económica*, N° 190, pp 29-37.

Scott, Joan (1991), "The evidence of experience", *Critical Inquiry*, Vol 17(4), pp. 773-797.

Scott, Joan (1996), "Feminismo e Historia", en <http://www.raco.cat/index.php/HojasWarmi/article/viewFile/180658/233152>, 30-09-2010

Shammah, Cinthia (2007), "Territorio basura", Primer Foro y Congreso Internacional de Políticas de Reciclado en Grandes Urbes, Buenos Aires. [http://www.ides.org.ar/shared/practicasdeoficio/2007\\_nro1/07\\_DCSDossier.Palabras.Clave\\_Cinthia.Shammah.pdf](http://www.ides.org.ar/shared/practicasdeoficio/2007_nro1/07_DCSDossier.Palabras.Clave_Cinthia.Shammah.pdf), 25/11/2011

Taylor, Rebecca (2004), "Extending conceptual boundaries: work, voluntary work and employment", *Work, employment and society* Vol 18 (1), pp. 29-49.

Throop, C. Jason (2003), "Articulating experience", *Anthopological Theory*, Vol 3 (2), pp 219-241.